LUIS SALLERON NOS HABLA DEL CANCER SOCIALISTA (*)

POR

GUSTAVE THIBON

El cáncer socialista, este es el título de la última obra de Luis Salleron, uno de los pensadores más clarividentes y más desconocidos (circunstancias que no se contraponen) de nuestra generación.

Salleron es clarividente no únicamente en el sentido de que va directamente al fondo de los temas tratados, sino que, además, porque es totalmente claro en sus exposiciones. Yo sé muy poco de economía política; únicamente lo que el sentido común y la observación concreta enseñan. De manera que cuando yo ataco uno u otro tema de alguno de nuestros economistas «distinguidos», oscilo entre dos reacciones: la de la modestia, que reconoce: soy demasiado ignorante para comprender, y la del amor propio irritado que protesta: si yo no entiendo es porque no hay mucho que entender.

Salleron no pertenece a esa raza de sabios «que enturbian las aguas para que parezcan más profundas»: su discurso, por la claridad de su origen y por no se qué alegría primaveral, despierta en un abrir y cerrar de ojos la inteligencia del lector.

* * *

Sería inútil tratar de resumir en pocas líneas una obra de tal

(*) Tenemos el gusto de traducir de *Itineraires,* 277, de noviembre de 1983, este artículo de nuestro amigo Gustave Thibon, que se refiere al último libro de otro amigo nuestro, Louis Salleron, los dos muy admirados.

Fundación Speiro

densidad. El autor analiza el fenómeno socialista bajo todos sus aspectos: sus orígenes, sus ámbitos de elección, su crecimiento, sus incidencias en la vida privada y pública: familia, trabajo, propiedad, instituciones, etc.

El título del libro menciona el cáncer. Los biólogos definen éste como una proliferación anárquica de células que van devorando los órganos, que después se destruyen a sí mismas y conducen al vivo hacia la muerte. Y, como el cáncer representa el colmo del desorden biológico, el socialismo representa el colmo del desorden social.

Precisemos. El socialismo gira hacia el cáncer en la medida en que implica un desequilibrio en el aprovechamiento del poder político en las relaciones entre ese poder (el Estado) y el conjunto de los elementos de la nación: individuos, familias, empresas, colectividades locales, etc.

La existencia del Estado es una necesidad para toda la sociedad civilizada. Su tarea esencial consiste en armonizar las libertades de los ciudadanos; es decir, en arbitrar mediante leyes justas (seguidas de coerción en caso de que no se observen: la fuerza debe permanecer en la ley...), los intercambios y conflictos entre los individuos y los grupos, y, más particularmente, en proteger a los más débiles contra los abusos de poder de los más fuertes: «Allí donde la libertad oprime, la ley libera», decía Lacordaire. Cuando el zorro está libre en el gallinero, la libertad de las aves, dentro de su especie, el poder de revolotear de un extremo al otro del enrejado no significa nada ante la agilidad y la avidez del carnívoro.

En ese sentido, el socialismo aparece como una reacción contra los excesos del liberalismo del siglo anterior. Pero esta reacción contra los daños causados por la libertad ha sido impulsada gradualmente hasta el extrangulamiento de la libertad misma. El Estado, con el pretexto de justicia, igualdad, asistencia, se ha ido infiltrando poco a poco en los resortes del aparato social; ha monopolizado los créditos, paralizado el trabajo con los impuestos y el ahorro con la inflación, ha atacado a la propiedad privada, única defensa de la libertad, ha procurado la seguridad

Fundación Speiro

de cada uno con el precio de la esclavitud de todos. En resumen: erigiéndose en expoliador y distribuidor universal, monstruo de dos caras, en el que se combinan el Minotauro y la vaca lechera, reduce la nación a un polvo de individuos sin lazos entre ellos y sin ninguna defensa ante sí. Es la definición pura del cáncer...

El diagnóstico de Salleron es severo y su pronóstico pesimista. Este proceso cancerígeno le parece difícil de encauzar por las dos razones siguientes:

1) Porque los líderes del socialismo, ligados a su ideología, están condenados a la huída hacia adelante, es decir, a una radicalización creciente de su método de gobierno que desemboca en el comunismo, término fatal de la utopía igualitaria.

2) Porque gran parte de los ciudadanos han digerido, con la leche, el veneno socialista y se han acostumbrado a esperar todo del Estado y, con ello, han perdido el sentido del riesgo y de las responsabilidades, que es inseparable del amor a la libertad, tal como el ganado vacuno, a quienes la seguridad del establo y la escasez de heno les harían olvidar el yugo.

¿Dónde está, pues, el remedio? «Ver claro, es ver negro», decía Valéry. Pero, quizás Salleron lleva el pesimismo demasiado lejos. Hay cáncer, eso es seguro, pero ese cáncer no atañe a todo el organismo social: está en el Estado más que en la nación, en el país legal más que en el real, y creo que éste es aún capaz de tener una reacción saludable. Y, más aún, porque la evidencia de los absurdos y de los males que provoca el socialismo resalta cada día más claramente.

Incluso los espíritus más embebidos por la ideología empiezan a darse cuenta de la desproporción tan escandalosa entre lo que el Estado nos da y lo que nos quita.

Países como Inglaterra y Alemania, aunque la hipoteca socialista pesa aún mucho en ellos, nos dan una muestra de ese cambio de mentalidad.

Pero un cambio del equipo gubernamental no basta si no es apoyado por una reacción vital de las células sin cáncer. Somos nosotros quienes debemos agarrarnos a los últimos jirones de libertad y asumir toda la responsabilidad. En otros términos,

Fundación Speiro

salvaguardar y extender esos islotes de salud social que el totalitarismo del Estado se afana en eliminar como reliquias del pasado y que, en realidad, son semillas para el futuro. ¿Será necesario para que salga adelante un alud de catástrofes económicas y políticas? Lo ignoramos. Lo que, sin embargo, sabemos es que el proceso de descentralización —o de descancerización para tomar de nuevo el título de Salleron— pasa por la conciencia y por la conducta de aquellos que rechazan la perspectiva de dejarse devorar por el cáncer.

El socialismo —y el comunismo hacia el que inevitablemente camina si no rechaza sus propios principios— se opone a las leyes, más elementales y más comprobadas por la experiencia, de la naturaleza humana y de la salud de las sociedades. Luego, es ya una promesa de victoria combatir teniendo la naturaleza por aliado. Y el embite de ese combate es la salud de la sociedad, que el triunfo del socialismo ahogaría en un colapso cercano a la muerte.

Fundación Speiro